

# las clases medias: prototipos nacionales\*

ANTONIO DELHUMEAU ARRECILLAS y  
FRANCISCO GONZÁLEZ PINEDA

## 1. *Las clases medias como promotoras del cambio histórico*

Toda investigación acerca de la mayor o menor presencia de una clase social en las diversas etapas de nuestra historia, se orienta por la definición conceptual y realidad vigente de esa clase: en este sentido un estudio que no pretende ser historiográfico, sino que recurre a la historia como un elemento importante de análisis y de interpretación del presente, se preocupa más bien por el origen y los antecedentes de los grupos sociales cuya participación en la vida social contemporánea busca comprender.

Desde la perspectiva que enunciamos, la discusión entre Nathan L. Whetten y Angel Palerm Vich respecto al desarrollo de las clases medias en la historia de México parte de una diferencia de criterio. El primero rastrea en su estudio la presencia de las clases medias concebidas ya como organizaciones sociales homogéneas, estructuradas y con cierta conciencia respecto al papel que como grupo humano diferenciado juegan dentro del contexto de la sociedad global.<sup>1</sup> El segundo intentaría más localizar los antecedentes de las clases medias actuales en sus primeros indicios, es decir, en los individuos y pequeños grupos que habrían de definir la

\* Marco de referencia para el capítulo del mismo nombre del libro: *La Participación y la cultura política de los mexicanos*. (Título provisional.) Instituto Mexicano de Estudios Políticos, A. C., de próxima edición. Versión especial para la *Revista Mexicana de Ciencia Política* de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

<sup>1</sup> Whetten Nathan L. "El Surgimiento de una Clase Media en México" en: *Ensayos sobre las clases sociales en México*. México, Ed. Nuestro Tiempo. 1968, pp. 49-70.

tradicción, los símbolos de prestigio y reconocimiento, la identidad en suma de las clases medias mexicanas.<sup>2</sup> De acuerdo con nuestro propósito de interpretar los orígenes históricos y biográficos del "modo de ser" de la política en México, es más importante asumir este último enfoque puesto que permite precisar sobre todo las razones que explican la relevancia de las clases medias en el sistema de participación política mexicana del siglo xx, más que los obstáculos que impidieron que este papel estable y predominante "hubiera podido ser" cumplido desde siglos antes. De hecho un grupo social, ya sea que actúe a nivel nacional, regional, o incluso local, siempre se desarrolla desde estructuras menos organizadas hacia otras de mayor organización, consistencia y homogeneidad; este proceso por supuesto no es lineal, sino que con frecuencia el intento de una clase social, por ejemplo, de hacer valer la fuerza inherente a su creciente organización, trae como resultado una respuesta de apoyo y de conflicto por parte de las otras clases que influyen en su seguridad para seguir el camino iniciado o que la conduce a una retracción, para después volver a ensayar un nuevo tipo de participación sobre la base de la experiencia adquirida.

Cuando se trata del análisis de las clases medias, es particularmente importante la precisión de criterios para ponderar su papel histórico, en tanto que cada vez se muestra con mayor evidencia —y contradicción respecto a posiciones teóricas previas— la función decisiva

<sup>2</sup> Palerm Vich, Angel. "Factores Históricos de la Clase Media en México", *Ibidem*.

que han desempeñado en los cambios sociales de la historia reciente. Y esta constante se presenta a través de distintas situaciones de favorecimiento y obstaculización al cambio social:

a) Cuando existe un sistema socialmente legítimo, o al menos estable de facto, de castas o de estamentos cerrados, las clases dominantes suelen apoyar sus medidas de control en las capas medias, que bajo estas condiciones manifiestan su vocación conservadora.

b) En una estructura social donde las clases medias encuentran canales abiertos para su movilidad hacia posiciones sociales de mayor prestigio y poder, apoyan y presionan a la vez a las clases dominantes en un sistema de transición cuyo reformismo se limita a la obtención de privilegios de clase.

c) En un sistema de movilidad que amplía en forma intensa y constante las expectativas de ascenso de las clases medias y al mismo tiempo obstruye los canales para su ascenso real, esos grupos —más o menos organizados— tienden a radicalizarse, es decir, que buscan apoyarse en las posiciones populares presionando hacia “arriba” para obtener por la fuerza el cumplimiento de las promesas sociales que no han alcanzado de buen grado. Generalmente (y esta es una hipótesis que trasciende con mucho el marco latinoamericano) los grupos de las clases dominantes que han acumulado mayor descontento, ya sea por una ambición insatisfecha o por la sensación de que su mérito no ha sido reconocido en la medida en que ellos lo necesitaban se incorporan a los movimientos dirigidos por las clases medias; esta incorporación suele tener como objetivo y resultado a la vez una neutralización de las condiciones que los sectores populares imponen a los líderes medios para apoyarlos y así poder recrear ciertos rasgos en la nueva organización que busca implantar el movimiento, que suele ser producto de la imagen idealizada y prototípica de las élites a las que ellos han pertenecido y cuya derrota comienzan a presentir. En ocasiones —como fue el caso del movimiento de Independencia en México— esta participación de grupos de las clases dominantes prevaecientes, resulta decisiva para el triunfo de la revolución. Y es esta tercera alternativa la que nos interesa analizar, en el intento por introducir al estudio del papel de las clases medias en el cambio histórico de la participación socio-política en México.

Afirmar, como lo hace Whetten, que la encomienda primero y la hacienda después impidieron el desarrollo

de las clases medias mexicanas, es el equivalente a postular que el binomio amo-siervo obstaculizó el surgimiento de la burguesía. Este tipo de extrapolaciones históricas sólo se explican cuando el análisis de la realidad mexicana se conduce a través de la comparación con los fenómenos europeos o norteamericanos; el resultado final será entonces una ponderación de los rasgos de aquellos países que aparecen o no dentro del contexto nacional. Enfatizaremos pues los elementos que resultan más explicativos de la forma peculiar de desarrollo de las clases medias mexicanas.

Durante los siglos XVI y XVII fue predominante en la Nueva España un sistema de castas que se guiaba por el mayor o menor ingrediente de contenido racial hispánico. En la práctica esta jerarquía se vio estrechamente ligada a la capacidad económica, puesto que se consideraba como descendiente directo de españoles al más prominente de los mestizos a cambio del obligado cohecho. Así se decía de un mulato “que se tenga por blanco”, como especificación de un rango social más que de una peculiaridad de su raza.<sup>3</sup> En términos generales, sin embargo, prevaleció de hecho el control por los españoles de nacimiento de las posiciones políticas y económicas determinantes dentro de la sociedad virreinal. El control de la administración y del comercio residía por entero en los españoles, así como el alto clero, los altos oficiales, las encomiendas y las más importantes minas. Sin embargo, empleados de la administración y del comercio, oficiales intermedios y sacerdotes, así como pequeños propietarios de tierras y de minas, fueron emergiendo hasta alcanzar en el siglo XVII y principios del XVIII un número y posición importantes y formar el grupo criollo de clases medias.

Los criollos ligados a la administración gubernamental y aquellos que mantenían vínculos comerciales con la metrópoli, adoptaban una actitud de apoyo más definido hacia la corona que quienes dentro del clero, el ejército y la encomienda buscaban reivindicar paulatinamente derechos no sólo delegados por los españoles, sino los que sentían que les eran inherentes como americanos.<sup>4</sup> Sin embargo, incluso entre los funcionarios más allegados a la corona se presenta una actitud claramente ambivalente. Fernando Díaz Plaja, en un libro

<sup>3</sup> Cfr. Othón de Mendizábal, Miguel. “El Origen Histórico de Nuestras Clases Medias”, en *Ensayo sobre las clases sociales en México*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1968, pp. 9-22.

<sup>4</sup> Véase a este respecto el singular y lúcido ensayo de interpretación social de Villoro, Luis. *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.

sugerente aunque descriptivo, presenta una ilustración precisa de esta actitud: "Ya el encomendero que vivía en América, conciliaba el respeto por el rey y su propio juicio contrario, poniendo el decreto real sobre su cabeza y pronunciando solemnemente —sin ironía—: 'Se acata, pero no se cumple'." <sup>5</sup> El hecho de que oficiales del ejército, miembros del clero regular y, sobre todo, un grupo importante de letrados fuesen criollos que resentían la discriminación respecto a los peninsulares en cuanto a las posiciones políticas y económicas de mando reforzó esta ambivalencia existente en las propias autoridades novohispánicas como un factor importante dentro del movimiento independiente. Lo que interesa destacar, para los propósitos de este ensayo, es la participación contradictoria, ambivalente y plural, pero en conjunto decisiva que ya en 1810 jugaron las clases medias en México. Y es que no es una coincidencia que las revoluciones de Independencia, de Reforma y la de 1910 hayan sido precedidas por las tres más importantes expansiones de las clases medias en el México moderno, unidas en todos los casos a un desfase importante entre las expectativas que esas clases se habían creado y los canales que encontraban para satisfacerlas.

Tanto Luis Villoro como Angel Palerm Vich coinciden en el proceso de expansión de las clases medias durante el siglo XVIII. Este último autor puntualiza que: "en diez años (de 1778 a 1788) el valor total del comercio de España con sus colonias aumentó en un 700%"; <sup>6</sup> ello aunado al crecimiento de la producción industrial y de la iniciativa individual que cancela el sistema de gremios cerrados de estatutos rígidos que había prevalecido anteriormente, así como la desamortización de las tierras de las comunidades indígenas, proveyó de fuerza de trabajo (obrajes) al comercio, la industria y la agricultura y condujo al fortalecimiento de sectores sociales intermedios. Un factor de reforzamiento —más que determinante— fue el hecho de que "los reyes hicieran solemnnes declaraciones de que el ejercicio de profesiones y la actividad comercial no constituían menoscabo de la nobleza, ni degradación social". <sup>7</sup>

Sin entrar en detalles historiográficos, es posible

<sup>5</sup> Díaz-Plaja, Fernando. *El español y los siete pecados capitales*. Madrid, Alianza Editorial, duodécima edición, 1970, p. 63.

<sup>6</sup> Palerm Vich, Ángel. *Op. cit.*, p. 80.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

\* Es importante tener presente dos hechos: primero la conquista napoleónica de España y después la Constitución liberal de Cádiz de 1812.

observar que la Independencia se logró a partir de un movimiento que catalizaba el descontento de los sectores populares bajo el liderazgo de los intelectuales criollos desplazados de las posiciones políticas y económicas decisivas; Hidalgo y Morelos son los solos caudillos insurgentes que integran principios claros y definidos de igualdad popular en la economía y el poder a sus proclamas ideológicas. Un líder tan cercano a Hidalgo como lo fue Allende, luchaba más por el restablecimiento de un modelo virreinal estable y menos convulsionado que el que existía en la época\* que por una efectiva revolución en las normas sociales y políticas. Liceaga, Rayón y Cos fueron por supuesto más definidos y tajantes en su identificación con esta última postura. El doctor Cos aparece como un líder consciente de su posición de clase, sin la mediación siquiera de preocupaciones de orden populista: "clase media del Estado, clase benemérita e ilustre, tú en la regeneración común de la Patria aparecerás con la dignidad a que te has hecho acreedora". <sup>8</sup>

Un factor que es ya de aceptación generalizada en el análisis de las razones del éxito del movimiento de Independencia, reside en el cambio de orientación política e ideológica que éste tuvo tras de prácticamente derrotadas las fuerzas insurgentes por la capacidad militar y organizativa, entre otros, del propio Iturbide; es el viraje de muchos militares realistas el que fortalece a los criollos de clase media que, con Vicente Guerrero, se encontraban ya en plena retirada. <sup>9</sup> Un dato significativo para la comprensión del proceso que definirá las pautas de participación política posteriores fue que Iturbide no cambió de posición tajantemente y de un momento a otro; de hecho siendo comandante de las fuerzas militares del virrey de Apodaca en el sur, busca negociar su propia posición, buscando la anuencia virreinal al Plan de la Profesa y sólo cuando ha fortalecido de manera paulatina su posición y el propio virrey adopta una actitud "intransigente" es que Iturbide decide romper lanzas con sus antiguos correligionarios. Si la cuna de la Independencia fue la región donde más se habían desarrollado las clases medias, su culminación imperial se dio a partir del centro del poder y la dominación novohispánica. Se dio pues el caso de que "los criollos conservadores sustituyeran

<sup>8</sup> En Villoro, Luis. *Op. cit.*, p. 108.

<sup>9</sup> Este componente se ha incorporado incluso a un libro de historia que ha fungido como texto: Teja Zabre, Alfonso. *Historia de México*. México, Ed. Botas, 1961, pp. 189-193.

a los peninsulares conservadores” en la cúspide del poder nacional.<sup>10</sup>

Con el objeto de contemplar las contingencias de nuestras hipótesis acerca de los orígenes históricos de las clases medias, pero sin el intento de observar la secuencia a un nivel historiográfico que no corresponde al propósito de este ensayo, es importante tener presente que después de la Independencia se debilita el peso específico de las clases medias, sobre todo por el debilitamiento de su poder comercial frente a Inglaterra y la pérdida de otros mercados. Reivindica sin embargo parcialmente su posición de liderazgo intelectual y político a través de la Reforma, para volver hacia fines de siglo a su posición subordinada frente a las élites criollas del porfiriato.

Durante el gobierno de Porfirio Díaz los mestizos y los criollos vuelven a ser valorados, a la manera de la colonia, de acuerdo con su mayor o menor “pureza racial”. Los “científicos” que rodeaban al presidente- virrey afirmaban abiertamente que sólo la raza blanca estaba capacitada para gobernar con cordura.<sup>11</sup>

El intenso trabajo de expansión industrial y comercial que siguió a la creación de una infraestructura incipiente durante el porfiriato y la consciente ampliación de oportunidades administrativas para la clase media ilustrada, generaron expectativas en los sectores sociales intermedios que la cerrada oligarquía de la época no parecía dispuesta a satisfacer. De nuevo mestizos y criollos subalternos valoran los puestos gubernamentales e idealizan a la élite presidencialista como lo hicieron sus antecesores de clase con la virreinal; de nuevo sus aspiraciones expansivas chocan con los cerrados canales de un grupo que ha querido satisfacer a hombres de nivel intelectual superior con oportunidades reales de mediana penuria y mediano bienestar. El ascenso social plantea la ambivalencia de idealizar a la élite dominante y de, al mismo tiempo, desear sustituirla a partir del supuesto —históricamente fundamentado— de que con el mismo poder obtendrán mayores logros para el pueblo. Que en la práctica la motivación predominante resida en la obtención de privilegios personales, no invalida, por supuesto, el dato más importante desde una perspectiva social: el tránsito objetivo de una estructura socialmente más desorganizada a otra que incorpora a un mayor número de grupos a crecientes responsabilidades políticas, económicas y culturales.

<sup>10</sup> Hansen, Roger D. *The Politics of Mexican Development*, Baltimore and London, The John Hopkins Press, 1971, p. 140.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 155.

Serán precisamente los criollos mestizados que habían observado de cerca el desempeño de las reglas políticas del juego porfirista, quienes confronten sucesivamente a los criollos que se presentaban como “puros” (porfiriato) y a los mestizos de predominio indígena (facciones populares revolucionarias), para fundar las bases del nuevo Estado mexicano a través del movimiento de insurrección de 1910.

## II. *Las clases medias en el origen del Estado mexicano*

Los criollos mestizados y los mestizos de predominio indígena habrían de confrontarse entre sí, más que por sus supuestas características raciales, por la posición social y el acervo cultural e instrumental que esos rasgos les habían permitido dentro de las jerarquías discriminatorias del porfiriato, que hemos mencionado; provenientes de contextos socioculturales que con frecuencia entraban en contacto por primera vez, los revolucionarios se organizaban alrededor de un líder que representaba los intereses de su localidad y en este sentido a su específica tradición cultural que no trascendía el marco de su pequeña comunidad de origen. Y estos líderes eran muchas veces elegidos por su capacidad y arrojo para hacer valer su posición —si era necesario por la fuerza— frente a los múltiples intereses representados por los emergentes coroneles y generales que representaban a las otras localidades o regiones. Conforme avanzó el movimiento, se hizo más complejo también el imperativo de conciliar intereses con grupos que tenían ya experiencia urbana, así fuese dentro del contexto de los sectores populares de ciudades pequeñas, medianas o incluso metropolitanas.

Conforme se integraban a la Revolución grupos de los más diversos y pluralistas contextos del complejo multisociocultural mexicano, los líderes populares —ya fuesen campesinos o no— atendían los consejos de asesores con un nivel cultural más alto (por ejemplo maestros), cuya participación social se había desarrollado dentro del marco de la clase media “letrada”, pero bloqueada en su desarrollo evolutivo por el sistema porfirista. Esta asesoría no fue suficiente, ya que en los momentos claves de toma de decisiones políticas los caudillos hacían valer su temor mágico respecto al poder “inherente” a las ciudades, aun cuando éstas en rigor se encontrasen muchas veces inermes ante ellos.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Cfr. Paz, Octavio. *Posdata*, México, Siglo XXI Ed., 1970, pp. 88-90.

La más importante confrontación entre sectores populares —mestizos— y clases medias emergentes —ya fuesen criollos mestizados o mestizos acriollados— se dio sin embargo en la pugna entre facciones, que fue la que dotó de mayor violencia y durabilidad a la Revolución Mexicana. A través de su participación, de la experiencia social y cultural con la que contaban las élites económicas (Venustiano Carranza) o los maestros, obreros y comerciantes (Villarreal, Orozco, De la Huerta, Pablo González y más adelante Obregón y Calles: el primero, pequeño propietario y el segundo maestro),<sup>13</sup> las clases medias sobre todo hicieron valer su visión más amplia y abarcadora del complejo nacional. La Revolución se planteó entonces como un conflicto entre sectores medios parcialmente apoyados por grupos populares y sectores populares parcialmente asesorados por individuos de nivel sociocultural medio.

La experiencia que los sectores medios habían obtenido cerca del centro de poder político, económico y cultural del porfiriato (sobre todo a través de sus extensiones en el norte de la República) se vio reforzada y finalmente conducida —en una forma que recuerda a la Revolución de un siglo antes— por Venustiano Carranza, hombre vigoroso y reflexivo tanto en la estrategia militar como en la negociación política. De nuevo fue un líder ligado a las clases dominantes del modelo sociopolítico derrocado el que condujo al triunfo final a la Revolución. Y de la misma manera en que el gobierno imperial de Iturbide explica en parte la permanencia de ciertos rasgos del sistema virreinal junto a otros nuevos originales de la administración independiente, así la presencia de experimentados y prominentes hombres partícipes de las normas básicas del porfiriato ayuda a explicar la secuencia histórica posrevolucionaria.

Una perspectiva que buscase comprender al sistema social y político que emerge de cualesquier revolución como ruptura “absoluta” que no incorpora ninguna herencia del antiguo régimen, resulta ya poco comprensible. Si en ciertos casos ha existido una mínima negociación entre las élites previas y los nuevos revolucionarios (Francia, Rusia) y aún así se contemplan pautas básicas del pasado en los nuevos gobiernos que de alguna manera crean en sí mismos los valores que la tradición había considerado prototípicos, cuando esta conciliación se da con mayor claridad como en

<sup>13</sup> Hansen, Roger D. *Op. cit.* p. 156. Ver también Lerner de Sheinbaum, Bertha y Ralsky de Cimet, Susana. *El político mexicano*, México. Instituto Mexicano de Estudios Políticos, A. C. (versión interna previa a su publicación).

el caso de las dos revoluciones ocurridas en México durante un siglo, el resultado es más claro. Y es que el marco de referencia del “antiguo régimen” constituye la sola experiencia a partir de la cual organizar tanto la rebelión como el nuevo sistema.

La capacidad de conciliar los intereses de miembros insatisfechos de la élite porfiriana o de las clases medias emergentes, con ciertas demandas básicas planteadas por sectores populares, encontrará su exponente más típico en Carranza y su base más amplia en los políticos que fundarán el Estado mexicano posrevolucionario.<sup>14</sup>

Un hecho concreto que muestra el predominio de los grupos medios —frente a los populares— en la negociación final del movimiento revolucionario, reside en la organización y desarrollo de los trabajos del Congreso Constituyente de 1916-17. Las solas dos vertientes que condicionaron el contenido específico de la Constitución que actualmente nos rige, fueron: la conducida por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista —ya que fue Carranza quien presentó el proyecto básico de “Constitución reformada”— y la encabezada por el grupo de Obregón, quienes presionaron por la mayor incorporación de derechos y concesiones a los sectores populares.<sup>15</sup> En esta época la facción zapatista había sido derrotada y la División del Norte se encontraba prácticamente acorralada. Al presionar por la incorporación de demandas populares, el grupo obregonista afianzaba más su posición en ascenso como conciliadores políticos, que supuestas diferencias ideológicas de fondo con el carrancismo. De hecho, el proyecto presentado por el Primer Jefe fue aprobado, con escasos pero importantes matices en los artículos relativos a derechos agrarios y laborales que sólo tiempo después adquiriría peso político específico, aun cuando no cumplimiento riguroso.

Al nivel de la realidad política observable, los criollos medios y los mestizos acriollados que a través de su instrumentalizada capacidad adaptativa y conciliadora dieran una solución final al conflicto revolucionario, recrearon ciertas peculiaridades de la élite porfirista y

<sup>14</sup> Para un análisis detallado de la función política de la clase media en la creación del Partido de la Revolución, ver a Lerner Sigal, Bertha. “Partido Revolucionario Institucional” en Delhumeau Antonio, et al. *México: Realidad política de sus partidos*. México, Instituto Mexicano de Estudios Políticos A. C., 1970, pp. 47-57.

<sup>15</sup> Cfr. Tena Ramírez, Felipe. *Leyes fundamentales de México (1808-1967)* México, Ed. Porrúa, S. A., 3ª Ed. 1967, pp. 811-817.

definieron otras aprendidas a través de su experiencia reciente. El presidencialismo imperante en el antiguo régimen se mantuvo como pauta política básica desde los primeros gobiernos posrevolucionarios. Si Porfirio Díaz controlaba a su arbitrio a las entidades federativas del país a través de la sumisión de sus gobernadores y del régimen autocrático personalista que cada uno de ellos imponía en su Estado, Obregón y Calles hacían depender de ellos directamente a los partidos que incorporaban a los divergentes y heterogéneos grupos de presión bajo el mando de caudillos locales.<sup>16</sup> El partido agrarista, el laborista y el cooperativista dependían de estos presidentes como los líderes de las centrales correlativas del PNR, fundado por Calles, dependerían más tarde del general Cárdenas. Este fenómeno no habla sólo del interés de dominio y control político de los presidentes mexicanos, sino que nos remite al problema de las necesidades planteadas por el complejo multisociocultural mexicano frente a su gobierno. Con ello nos referimos al hecho de que para poder comprender la dialéctica que se establece entre el Estado y sus administrados es imprescindible considerar la mutualidad de demandas y apoyos que se establecen entre uno y otros.<sup>17</sup> Por otra parte cualesquier comparación que se establezca entre los sistemas políticos previo y posterior a la Revolución, ha de considerar tanto las constantes como las diferencias que se establecen precisamente en esta dialéctica. Y es que es tajantemente distinto el presidencialismo que gobierna a través de una oligarquía personalista cerrada, del presidencialismo que negocia su poder a través de la conciliación con grupos populares guiados por caudillos mesocráticos (con pocas excepciones de líderes populares o elitarios). Tanto la permanencia como el cambio en las pautas de interacción que se han establecido entre gobernantes y gobernados, ha de ser pues considerada a partir de la vinculación que históricamente puede observarse entre las clases medias que han generado y neutralizado a la vez el cambio social y los imperativos planteados por el heterogéneo pluralismo que hemos denominado complejo multisociocultural mexicano.

### III. *Las clases medias dentro del complejo multisociocultural mexicano*

Hablar de clases medias en el México posrevolucionario es denominar con un solo término a una gama

<sup>16</sup> Ver a González Casanova, Pablo. *La democracia en México*, México, Ed. Era, 2ª, ed., 1967.

<sup>17</sup> Cfr. Easton, David. *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

amplísima de mexicanos y, con ellos, de perspectivas culturales y de modelos de participación social y política. Si a partir de la colonia el español acriollado devino en un personaje distinto de los primeros conquistadores a través de su contacto con las disímbolas culturas indígenas; si paulatinamente el contacto intenso con estas comunidades influyó tanto en los indígenas como en las pautas de conducta política y cultural de criollos y peninsulares; \* si finalmente los españoles flexibilizaron sus normas en un proceso de adaptación relativa a las divergentes convicciones de los americanos de origen, \*\* este proceso en conjunto se hizo más complejo y diferenciado a la vez durante la Revolución y después de ella.

Aun cuando la mayor parte de los criterios para estratificar una estructura social compleja presentan un margen importante de arbitrariedad, el análisis de la clase media en el desarrollo reciente del país en un estrato bajo, otro medio, y uno alto resulta útil no para definir una posición estática inherente a cada uno de ellos, sino para comprender vínculos, orientaciones y tensiones dinámicos: así, el estrato medio-bajo nos remite a un origen; el estrato medio-medio nos refiere a la vez a una área nodal de tensión en las transiciones sociales de los mexicanos y a una tradición con símbolos propios; y el estrato medio-alto define una orientación real y una necesidad sentida.

A. El estrato medio-bajo proviene directamente de los más heterogéneos sectores y regiones del país, incorporando progresivamente tanto a campesinos como obreros —que cuando son calificados se integran en sus pautas sociales a las clases medias—, o bien a campesinos y obreros que se esfuerzan por alcanzar el valorado *status* de “empleados” dentro del sector terciario (servicios). Esta incorporación suele realizarse en la primera generación, a través del cambio de ocupación del padre de familia y en la segunda por medio de la educación de los hijos: en uno y otro caso las tensiones que se producen son intensas, aun cuando de distinto signo. Cuando este estrato se desarrolla en el propio medio rural —como pequeños propietarios comerciantes— el tránsito a las urbes —cuando se da— suele

\* Una hipótesis viable a partir de los datos con los cuales se cuenta es que la influencia de la veneración de sus ídolos por parte de los indígenas influyó tanto en la adoración de sus santos por los españoles, como ésta en aquélla.

\*\* A diferencia, por ejemplo, de los ingleses, quienes a pesar de comprender las culturas de los indios norteamericanos, impusieron su ley sin pretender siquiera flexibilizar su posición frente a las convicciones de cada una de esas comunidades.

ser menos conflictivo, por la instrumentalización cultural previa a la migración.

La familia que llega a la pequeña o mediana ciudad, o incluso a la metrópoli, intenta reivindicar al mismo tiempo los patrones valorados en su comunidad de origen (como una autodefensa frente a los riesgos inherentes a, o supuestos de, la gran ciudad) y los nuevos símbolos que les permitirán ser reconocidos como miembros regulares de la civilización urbana. No todo es contradicción en esta dialéctica: su experiencia respecto al paternalismo y al control vertical otorgado y ejercido, respectivamente, por el presidente municipal, el comisariado ejidal, etcétera, en su comunidad natal, le sirve al padre de familia o al hijo inmigrantes para adaptarse a la actitud similar del líder sindical primero y de los jefes burocráticos después. Sin embargo, la tensión se mantiene latente o se vuelca en manifestaciones de agresión o incluso de violencia.

El conflicto básico se plantea entre la lealtad a la identidad (autoimagen profunda) adquirida dentro de la localidad de la cual proviene el recién emigrado, y las aspiraciones, también legítimas, de integrarse a patrones culturales y sociales que desde la época en que estaba aún en su comunidad sentía ya más valorados. Este problema, sobre todo en las metrópolis, se atenúa por el hecho de que primero llegan a la ciudad exploradores provenientes de cada una de esas comunidades (quienes confrontan con más agudeza los conflictos) y que preparan el terreno para la adaptación posterior de otros coterráneos, a través de viajes a su localidad de origen y de sus contactos en la ciudad que presenta como promesas de trabajo para quienes decidan seguir el mismo camino.

Conforme estabilizan o mejoran sus posiciones los primeros inmigrantes, los que les siguen se ven atraídos hacia las mismas áreas de habitación, de ocupación y de aculturación. Este efecto de demostración se da también en otro importante sentido: en el contexto de las mismas comunidades locales comienzan a incorporarse los hábitos que se observan en los visitantes que han inmigrado a la ciudad o que se han observado directamente a través de las esporádicas excursiones a las urbes; ello favorece el desarrollo de los estratos medios dentro de estas localidades, sobre todo porque el proceso se ve reforzado por un creciente deseo de aprender lo mismo que otros han estudiado en las ciudades. El efecto de demostración se conduce de una manera tan puntual, que nos encontramos con comunidades que se han especializado en dotar al país de políticos, o de in-

genieros, o de hombres de letras, o de abogados o médicos. Un problema a investigar en este sentido sería el de si las peculiaridades socioculturales de cada localidad influyen en estas coincidencias vocacionales. Sin embargo en la emergencia del estrato que ahora nos ocupa, es más frecuente el arribo a las ciudades vía servicios no calificados en el gobierno, empresas descentralizadas o privadas (por contrato)

El problema que confrontan las siguientes generaciones surge también de un conflicto de lealtad-culpabilidad respecto al origen. El compromiso que una generación establece con la anterior es con frecuencia contradictoria: por una parte se siente impulsada a realizar, a través de su propio desarrollo, los anhelos que los padres no pudieron satisfacer en su momento; por otra, el llegar a niveles más altos es vivenciado como un "pasar por encima" de los propios padres. Así, el impulso al progreso personal se ve fortalecido por el deseo de reivindicar el esfuerzo en parte malogrado de los padres, ambiciosamente esperanzados al llegar a la ciudad, y se ve debilitado por el temor a devaluar a los padres si comienzan a juzgarlos "desde arriba".

El proceso que en conjunto hemos bosquejado, con apariencia de homogeneidad, está sujeto en rigor a una multiplicidad heterogénea de expectativas, motivaciones y pautas de conducta. Quienes provienen de comunidades donde impera la violencia explícita, podrán adaptarse más fácilmente a aquellos barrios suburbanos en los que sólo se respeta la fuerza; en cambio los inmigrantes que provienen de contextos sociales más pacíficos, buscarán salir lo más rápidamente posible de estos ambientes y si no lo logran regresarán, con frecuencia, a su lugar de origen. Y estas diferencias son observables en lo que se refiere a las actitudes de trabajo, participación política y hábitos de consumo, recreación y vida familiar.

Una de las razones básicas por las cuales dentro del sistema político mexicano el control vertical desde arriba se ve neutralizado por una ambivalencia, tanto en la sumisión como en la imposición, reside precisamente en la extrema heterogeneidad del complejo multisociocultural del país. Ya sea que se trate de una norma técnica o política, quien la recibe suele actuar a la manera del encomendero español (incluso por razones similares), en términos de "se acata, pero no se cumple": ello tiene que ser así en la medida en que cada norma ha de adaptarse a las posibilidades presentadas por el marco de experiencia que cada quien obtuvo en su comunidad de origen o en la localidad de los padres,

quienes parten de esa lealtad original para educar a sus hijos. Es por esto también que resulta imposible generalizar hipótesis acerca de las diferencias y semejanzas entre las sociedades tradicionales y las modernas (identificadas casi siempre con las urbanas); primero porque cada comunidad presenta tradiciones específicas y segundo porque estas divergencias casi irreductibles en el significado de la tradición, se homogeneizan lentamente, a través de los largos periodos de adaptación que requieren las pautas socioculturales básicas para transformarse. La clase media "letrada" que exige o supone un cambio acelerado en estos patrones, lo hace generalizando su experiencia individual sin pensar en la amplitud del tiempo histórico que requiere una sociedad para efectuar en sí misma un cambio que un hombre situado en condiciones óptimas puede lograr en pocos años. Lo cierto es que la tendencia imperante en los obreros calificados, empleados y comerciantes o productores al menudeo en pequeña escala, es a homogeneizar las normas prevalecientes en sus comunidades de origen, de acuerdo con los estándares valorados de los estratos medios que actúan cerca y por encima de ellos.

B. El estrato medio-medio del país integra —no sin conflictos— a los grupos emergentes de los sectores medios-populares de los que hemos hablado hasta el momento y a un sector medio-residual que intenta reivindicar tradiciones que en ocasiones trascienden a la pasada Revolución. De nueva cuenta las actitudes de uno y otro grupo se influyen entre sí tanto desde sus similitudes como desde sus más o menos tensas divergencias.

En la época inmediata al término de la Revolución, los estratos medios residuales pugnaban por mantener vigentes los símbolos que les habían otorgado una imagen de respetabilidad durante el porfiriato, aun cuando no les hubiesen asegurado la movilidad social y política ascendente. El impacto de la apertura de canales hacia los sectores populares movilizados en la Revolución, modificó, sin embargo, las perspectivas y los anhelos de unos y otros.

La síntesis social intermedia de la clase cuyo estudio teórico ahora nos ocupa, se presenta entonces ligada a tradiciones originadas en la época posrevolucionaria al menos, en las que el apellido familiar representa símbolos de participación política, económica o cultural: estos signos de pertenencia a un linaje de clase media arraigada en un pasado (con una cierta identidad estable), suelen ser cada vez con mayor frecuencia meras

vocaciones difícilmente reivindicables dentro del contexto de las complejas movilizaciones sociales de los últimos decenios. A través de la capacitación técnica y profesional, las nuevas generaciones de este estrato intentan ascender a las posiciones de clase media-alta, en un proceso de restauración —dentro de las nuevas condiciones sociales— de la auto-valoración familiar. Dentro del estrato medio-medio residual se presenta con frecuencia una renovada actitud religiosa asociada con símbolos de respetabilidad. El catolicismo no integra ya sólo a las mujeres, sino que los hombres los asumen como "indicador irrefutable" de cohesión y honorabilidad familiares. Cuando los hombres jóvenes y maduros se mantienen adheridos a este estrato, a pesar de las expectativas ligadas a una promoción personal por medio del trabajo técnico, se agudiza en ellos la tendencia a la crítica frente al statu-quo político y económico, más señal de una añoranza que propósito decidido de cambio social.

Sin embargo, coexisten dentro de este estrato grupos sociales emergentes que provienen de la penuria y orientan sus esfuerzos cotidianos hacia la abundancia. Aun cuando podría pensarse en una primera instancia que existe una dinámica de movilidad ascendente mayor en los estratos residuales, de hecho la inseguridad del *status* alcanzado por los nuevos grupos "de clase media" sólo puede ser compensada con una intensa lucha por alcanzar más altas posiciones. El detenerse dentro de una posición social intermedia no es vivenciado como una auto-restricción, en tanto que las necesidades personales sentidas y previstas pudiesen estar satisfechas, sino que impera el temor al retorno (a la "regresión" social) y el acuciante deseo de reforzar lo adquirido con nuevas posesiones. En este aspecto la dinámica de la sociedad industrial que empuja al individuo al consumo compulsivo, se ve reforzada por la tradición hispánica y novohispánica de asegurar la propia posición a través de suntuosos símbolos exteriores, así sea "inflados" respecto a la capacidad socio-económica real.\*

Los estratos medios residuales consideran además con frecuencia a los valores de "su" herencia socio-cultural como inherentes, es decir, que no requieren de mayor demostración práctica; esta actitud se encuentra ligada a una tradición de devaluación del trabajo en términos

\* Nos referimos a un fenómeno de intensidad, es decir, cuantitativa y no cualitativamente distinto al que se presenta en otros países, en los que existe una mayor riqueza junto con una menor ostentación; naciones que a pesar de su poderío "no han logrado" tener *el más moderno metro ni el más grande hotel del mundo.*

de una fatigosa carga que sólo compete a las clases bajas. En cambio, un importante sector de los estratos medios emergentes pugna por mantener y desarrollar su propia tradición socio-cultural de movilidad constante, que al mismo tiempo contradice ese pasado (lo niega al trascenderlo). Y es con frecuencia este sector emergente activo, el que pugna social y políticamente —incluso con violencia— por la apertura de canales de movilidad social y política; esta lucha, que es conducida generalmente por la generación joven del estrato, surge de la desventaja práctica frente a una estrato medio residual ya asentado, con una herencia de mayor seguridad en el acervo cultural y las posiciones socio-económicas heredadas sobre todo por vía familiar. Hasta hace algunos años eran los estratos medios emergentes los más avocados a una intensa preparación profesional, con el objeto de compensar esta desventaja; no fue sino el paulatino bloqueo de canales el que los movilizó desde un tipo de participación de apoyo implícito a la política gubernamental (“el que calla otorga”) a una activa rebelión pública. Fueron dos los factores fundamentales —dice Francisco López Cámara— “que habrían de acentuar muy pronto el creciente malestar entre las clases medias: el sistema educacional, por un lado, y los métodos ya obsoletos de la ocupación de personal a base de patrocinio político”.<sup>18</sup> Y pareciera precisamente que solo un tipo de enseñanza que permitiera una acción dinámica del profesional sobre el mercado de trabajo que “ante él” se presenta, rompería el círculo vicioso del sistema político por adscripción que refuerza, y se ve reforzado a la vez, al y por el sistema educativo escalafonario, dentro del cual el aprendizaje efectivo se presenta como meta secundaria.

Este corte en dos tipos de estratos medios tiende a romperse a través de una progresiva interacción dialéctica entre ellos. El efecto de demostración de los valores de trabajo y de activación política de los emergentes, ha hecho ceder una parte importante de los prejuicios “antipopulistas” de quienes buscan definir una identidad social (residual) a partir del rechazo ante quienes “no habían sabido conservar el lugar que les correspondía”. Por otra parte, la evidencia de que son cada vez más los que quieren lo mismo, es decir creciente poder político, ostentación económica y seguridad social, ha

<sup>18</sup> En: *Clase media y desarrollo*. Centro Nacional de Productividad (Mimeog.), 1970.

conducido a una forzada auto-restricción que integra “hombro con hombro” a emergentes y residuales, con esporádicos brotes de desdén y rivalidad mutuos.

C. Así como el desarrollo de los estratos medios-bajos se inserta dentro de sus heterogéneos orígenes en los sectores obreros y campesinos del país, los estratos altos de las clases medias se orientan y definen también de acuerdo con su múltiple y compleja imbricación con las élites culturales, religiosas, económicas y políticas de México. En la práctica social, este postulado implica que un grupo medio-alto que orienta su acción social en función de los patrones culturales, económicos y políticos de los empresarios de una ciudad mediana, presentarán divergencias básicas frente al marco de referencia socio-cultural y político de los burócratas que orientan su participación social de acuerdo con los prototipos de ejecutivos que ascienden a través de los escaños directivos de la administración pública central. En conjunto, lo que deseamos asentar es que los miembros de este estrato manifiestan una dependencia más clara y directa respecto a las diversas y precisas peculiaridades de las clases dominantes (políticas y económicas), que los de estratos más bajos dentro de las clases medias. No obstante en individuos aislados de este estrato el efecto de demostración de la capacidad económica y política de las élites está produciendo un resultado contrario o reactivo; en la medida en que descubren los aspectos ilusorios de la imagen ideal con la cual es asumido al poder económico y político concentrado en las clases dominantes —por la cercanía del contacto con ellas—, llegan a valorar en ocasiones el margen mayor de autonomía que puede permitirles cierta autorrestricción. Es sin embargo esporádico (un poco más frecuente cada vez) el caso de los estratos medios-altos que consideran satisfechas sus necesidades de consumo, prestigio y autodemostración y ponen en cuestión al “olimpio” —consciente o inconscientemente sobrevalorado por las clases medias— en que antes habían considerado que se desenvolvían las élites: este proceso de estabilización consciente dentro del contexto de las clases medias, se logra cuando la persona ve compensada la frustración de su área voraz (en lo político y económico) por intensas gratificaciones profesionales, técnicas, científicas o culturales de cualquier índole. Y es en este contexto que se desarrolla la integridad cultural, ideológica o moral, como valor asumido en la praxis social.

Una pauta similar a la de los otros estratos medios es que, en la medida en que se trate de grupos emer-

gentes, buscarán compensar la inestabilidad —más sentida que real— de su posición a través de renovados esfuerzos de ascenso social. Cuando han tratado de vivir inflacionariamente, de acuerdo con normas de consumo y ostentación que en rigor están más allá de su capacidad socio-económica real, intentan compensar esta desfase a través de una promoción hacia un nivel más alto; cuando lo alcanzan, reinician el ciclo a través de una nueva inflación.<sup>19</sup> Sin embargo, cuando no logran aumentar su posición socioeconómica (situación cada vez más frecuente precisamente por la amplitud nacional del fenómeno descrito), tiene que autorrestringirse en forma forzada y entonces incrementará su virulencia verbal y sus fantasías de rebelión frente al culpable de su despilfarro: el gobierno “que no gasta” lo suficiente para incrementar sus alternativas de ascenso. Ello no debe hacernos olvidar que el gobierno también pasa periódicamente por situaciones similares; después de gastar más de lo que teníamos para sostener la imagen ideológica del Estado y de autoidealización de las clases medias y altas del “milagro mexicano”, las medidas antiinflacionarias de los últimos tiempos, refuerzan la frustración por una autorrestricción para la cual en verdad las clases medias no estaban preparadas.

Las razones específicas por las cuales se acrecienta la crisis política latente del sistema político mexicano, se derivan del más básico y general problema de un Estado (en el sentido de interacción entre pueblo y gobierno) que sólo ha presentado como legítima —para alcanzar y garantizar la unidad nacional— en esta etapa, al “desarrollo indetenible” del país y la impostergable distribución de sus frutos: en términos concretos, ello ha implicado la garantía de que los estratos medios se seguirán ampliando, consolidando y fortaleciendo en los diversos niveles y áreas de la compleja sociedad mexicana. Es importante, sin embargo, observar más de cerca aquellas “razones específicas”, es decir la dinámica más precisa a través de la cual la integración y el conflicto en el modelo de desarrollo sociopolítico nacional parecen estar condicionados por la suerte de las clases medias dentro de nuestro complejo multisociocultural.

<sup>19</sup> Al respecto afirma Gabriel Careaga refiriéndose a estos estratos: “A su mentalidad burguesa contribuyeron, sobre todo, los medios de comunicación y la invitación al consumo a través de los sistemas de crédito; por efecto demostrativo, las clases medias ‘aparentan vivir como burgueses’”. En: *La fantasía política de la clase media*. (Mimeografiado.)

#### IV. *A manera de conclusión: Las clases medias, prototipos sociopolíticos dentro de la heterogénea sociedad mexicana*

A través del país, trátase de villorrios o de colonias populares de una gran ciudad, de los campesinos del bajo o de los obreros del altiplano, las clases medias representan prototipos, modelos de participación cultural, de compromiso u hostilidad políticos y de prestigio social. Los ganaderos, profesionistas, medianos propietarios, empleados y pequeños comerciantes, ejecutivos y empresarios, representan y muestran ante los sectores sociales más vastos, las actitudes concretas de relación social que merecen respeto (que hacen a la persona “honorable”) y las pautas prestigiadas del consumo económico y cultural (radio, televisión, cine, incluso la prensa). La forma en que el trabajo es valorado o minusvaluado por ellos y la manera de distribuir el tiempo de ocio, constituyen para obreros, ejidatarios y jornaleros, otras tantas esperanzas, motivación sustancial para modificar pautas culturales que tradicionalmente les han proporcionado sus más básicas gratificaciones: las ligadas a la vida familiar, a la estrecha e intensa comunión con los iguales en largas jornadas de ocio, al apego y respeto de la tierra de la cual se es originario aun cuando casi nunca dueño y sólo a veces usufructuario. En la medida en que los mexicanos de zonas rurales observan como un gran valor la vida social de las clases medias locales y ciudadinas, cada vez más, e incluso dentro del mismo campo, tienden a sentirse “sub-urbanos”. La fascinación de las clases medias no siempre cumple su promesa y muchas veces se deplazan de la precaria escasez rural a una menor penuria cuantitativa y mayor frustración cualitativa en las ciudades, por el peso inmediato de la abundancia ajena.

Los más importantes prototipos a nivel nacional están representados por clases medias ascendentes; en primer lugar, aquellas ligadas con la promoción política (actividad que se liga al poder irrestricto, la impunidad y el dinero y en la cual se hace abstracción del trabajo y la responsabilidad que suelen implicar) y en segundo término las que logran prestigio social por la acumulación económica: satisfacción de una voracidad a través de “contactos políticos” más que trabajo organizado y eficaz. Al nivel local, estos mismos prototipos se retraducen dentro de la clase media rural: el presidente municipal, el comisariado, el teniente o el cura; el pres-

tamista, el comerciante, el pequeño propietario o el boticario.

Ligados con una menor ambición personal, emergen como prototipos líderes culturales de clases medias: desde los técnicos que actúan dentro del gobierno y la iniciativa privada, hasta los maestros rurales; desde el antiguo científico que buscaba hacerse valer como técnico-político, hasta el emergente investigador y profesor que al sentir como valiosa una identidad propia, logra reivindicarla ante los demás como prototipo en sí misma y no como medio para llegar a crecientes posiciones políticas y económicas.

Para comprender los intensos conflictos que las clases medias han desarrollado recientemente, como promotoras principales del modelo político vigente, y como sustanciales opositoras del mismo cuando los canales se contemplan estrechos o cuando el ascenso ha sido rápido e inflacionario, es suficiente contemplar la vasta heterogeneidad de sus orígenes y destinos. Aun cuando la interacción social crece y al hacerlo tiende a aglutinar al complejo multisociocultural, este proceso se desarrolla a través de tensos y contradictorios continuos que

parten de la heterogeneidad casi irreductible y se orientan hacia la homogeneidad representada en su símbolo utópico por la unidad nacional. Sin embargo, esto no es suficiente para explicar la interacción de las clases medias dentro de las conflictivas transacciones entre el gobierno mexicano y las élites económicas para definir un modelo de desarrollo y a partir de la socialización que la familia, la escuela y los medios de comunicación colectiva consolidan y rectifican. Pero ello será objeto de un análisis más amplio.\*

Por el momento, bástenos recordar que, durante la primera década del siglo pasado y hacia la misma época de éste, las intensas expectativas políticas y económicas de las clases medias ascendentes, al no encontrar canales que las satisficiesen catalizaron, en tanto líderes prototípicos, al resentimiento popular que suele acumularse de tiempo en tiempo, sobre todo en sistemas ancestrales de control vertical desde arriba (de diálogo definido sólo por el emisor), como es el nuestro.

\* Cfr. González Pineda, Francisco y Delhumeau-Arrecillas, Antonio. *Op. cit.*